

El libro en Cali

Un acercamiento al mercado bibliográfico de la capital del departamento del Valle del Cauca durante 1910*

Por Juan David Murillo Sandoval**

Resumen

Este trabajo pretende analizar el mercado literario de la ciudad de Cali, durante el periodo del primer Centenario de la Independencia. El objetivo consiste en mostrar cómo, gracias a la expansión de la oferta literaria por medio de las librerías locales, la prensa literaria circulante y la apertura de la primera biblioteca pública de la ciudad, el campo cultural empieza a sufrir transformaciones que se contemplaron como pasos hacia la modernidad. Se examinarán también las tipografías e imprentas, los periódicos, los catálogos de las librerías y el origen de la Biblioteca del Centenario con el fin de aproximarnos al mundo del libro y las lecturas en Cali durante 1910, bienes simbólicos contemplados como piezas fundamentales del ideal civilizatorio.

Palabras claves

Libros, lecturas, intelectuales, campo cultural, mercado literario, Cali.

Abstract

This work tries to analyze the literary market in Cali, during the first centenary of the independence. The aim is to show how, thanks to the expansion of the literary offer through local bookstores, circulating literary newspapers, and the opening of the first library in the city, the cultural field began to suffer transformations, which were understood as steps towards modernity. Also, the typographies, as well as the press, the catalogues of the bookstores and the contents of the main library will be examined, with the purpose of approaching us the literary forms, genres, and intellectual perspectives to which the public had access, understanding the books like a item for civilize the city during 1910.

Keywords

Books, readings, intellectuals, cultural field, literary market, Cali.

Introducción

Cuando en 1910 la Imprenta Comercial, perteneciente a la Carvajal y Cía., publicó la compilación de los discursos pronunciados durante la celebración del primer Centenario de la Independencia en Cali, se esperaba otorgar al público caleño y colombiano no sólo una muestra impresa del sentimiento patrio

* Artículo de investigación, tipo2: de reflexión. Según Colciencias, resultado de una tesis más amplia presentada como requisito para obtener el título de Historiador en la Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, abril de 2009. Una versión distinta de este escrito fue ganadora del Concurso de Ensayos “Centenario de la creación del Departamento del Valle del Cauca”, ideado en el marco de la celebración de los 65 años de la Universidad del Valle.

** Historiador de la Universidad del Valle. Becario de la Fundación Carolina en el Máster en Historia del Mundo Hispánico, Universitat Jaume I, Castellón, España. Miembro del grupo de investigación Nación-Cultura-Memoria adscrito al Departamento de Historia de la Universidad del Valle. Email: juandota007@hotmail.com

desbordado por los intelectuales y líderes de la ciudad para la época, también se pretendía asestar un golpe de opinión, dando cuenta del peso cultural e histórico de la nueva capital departamental, exponiendo para ello dos principios fundamentales: uno que contribuía a la construcción de un pasado glorioso, enaltecido por personajes heroicos y representado a través de textos y de efigies artísticas –retratos, esculturas-; y otro que pretendía exponer el presente enérgico y modernizante que envolvía la ciudad para 1910. Desde lo infraestructural a lo netamente cultural, Cali parecía florecer a los ojos de sus intelectuales como una urbe civilizada y culta, rica en difusión literaria y poética, organizada y dispuesta a encaminarse por la vía de la modernidad.

El “*Centenario en Cali*”, como libro recopilatorio, ilustra a través de los discursos impresos, de manera simple y concreta, los méritos de la ciudad y las expectativas de la misma para el siglo que iniciaba, convirtiéndose no sólo en un impreso más, sino en el resultado de todo un agitado panorama intelectual, atravesado por la apropiación de lecturas, autores y tendencias culturales diversas, que influenciaron los discursos de quienes celebraron, ubicados en lo más alto de la tribuna, el fasto del primer centenario de la Independencia. En la alocución pronunciada con motivo de la inauguración de la Biblioteca del Centenario, por ejemplo, el doctor Mario de Caicedo argumentaba:

Para que calculéis, señores, la importancia de la obra que hoy se inicia, menester es que penséis en el aprecio que ha mostrado el hombre de todos los tiempos históricos por las bibliotecas; necesario es que recordéis la estimación que ha tenido, desde las primeras luces de su civilización, por estas compilaciones del genio y por estas cristalizaciones del intelecto humano en sus varios modos de manifestarse [...] por sus colecciones de papiros fueron célebres en Grecia, Bérgamo y Alejandría; Roma tuvo con profusión sus bibliotecas públicas, y en los tiempos modernos, no es centro civilizado el que no las tiene (Ayala y Bonilla, 1910, p. 39).

El discurso de Caicedo, publicado en el texto conmemorativo del primer centenario, evidencia el papel jugado por libros en las expectativas urbanas de modernidad. Parecía claro que sin la influencia civilizatoria de la literatura la vía hacia el progreso sería más difícil. Los libros se entendían como bienes que debían atesorarse, cuidarse y difundirse, eran también el medio más adecuado para legar y transmitir valores e ideales, para recopilar y dejar a la posteridad anécdotas y hechos históricos. El mundo del libro ocupó así un lugar de trascendencia en las transformaciones culturales de Cali a inicios del siglo XX, de allí que este artículo pretenda justamente bosquejar algunas de las peculiaridades que envolvieron el universo de lo impreso en una ciudad que, además del primer centenario de la Independencia, también celebró durante 1910 su nueva condición de capital departamental.

Si apelamos a los sugestivos desplazamientos que propone Chartier (1994, p. 33) para adentrarnos en una historia del libro y de la lectura mucho más analítica y mejor documentada, inevitablemente debemos explorar los territorios de los libreros-impresores, entendidos como agentes poseedores de un particular accionar que no sólo les permite mediar en el comercio de impresos sino que les hace identificar las competencias y expectativas de sus

compradores y, del mismo modo, saber qué y cómo ofrecerlo. Son los libreros-impresores quienes median entre autor y lector, pues construyen el eje de la materialidad del escrito, siendo igualmente importante su intervención a la hora de corregir los manuscritos que llevaban a impresión, como también era significativa su opinión al momento de adecuar los contenidos a los espacios brindados en los distintos periódicos o revistas que por sus talleres pasaban, y que no en pocos casos también les pertenecían. El libro, como bien de consumo, es pues manipulado a través de estos espacios, que tratan de articularlo en una estructura de capital, especialmente en el caso de las librerías, que a diferencia de las bibliotecas, surgen como verdaderos establecimientos especializados en la comercialización de este particular bien.

Dar cuenta del mundo del libro a través de la oferta literaria y la producción editorial, que es lo que pretende este escrito, no supone un acercamiento total, ni pretende decirlo todo sobre el movimiento del libro como un bien de consumo, debido principalmente a que aspectos significativos, como los relativos a la distribución, costos, compras, o demanda, y demás puntos propios de un estudio económico no serán tocados. Simplemente se pretende señalar, a través de la descripción de las bibliografías y catálogos de las librerías y de la primera biblioteca pública de Cali, como también de un acercamiento al *gremio* de impresores y tipógrafos, algunos de los aspectos que enmarcaron las relaciones de la cultura escrita y la divulgación literaria en una ciudad que transitaba por un proceso de transformación. Un mayor despliegue del mercado literario fue un elemento clave de la transformación del *campo cultural* de la ciudad, aspecto que se manifestó a través de una mayor difusión de libros, desde las librerías y bibliotecas, siendo complementado a su vez por indicadores que señalan tanto un descenso del analfabetismo, como un crecimiento de los índices de escolaridad (Helg, 1987).

Antes de continuar es prudente precisar qué entendemos por *campo cultural* o *mercado literario*, nociones que a través de este artículo serán comunes. Para José J. Brunner, quien apela a los múltiples trabajos de Bourdieu (1977, 1981), el campo cultural consiste ante todo en un espacio dotado de autonomía social, caracterizado por procesos específicos de producción, circulación, transmisión y consumo o reconocimiento de símbolos. Abarca pues, todo un conjunto de interacciones comunicativas que se dan en la sociedad, especialmente cuando éstas se mediatizan a través de instituciones que orientan su producción hacia públicos que conforman el *mercado del consumo de símbolos* (1985, pp. 9-12). En cuanto al *mercado literario*, lo entendemos como un mercado de bienes simbólicos, el cual supone un conjunto de mecanismos, instituciones y agentes que permiten tanto la producción, como la difusión y el consumo de lo literario. En otras palabras, todos aquellos elementos que interfieren en la propagación de un bien simbólico, sea un escrito, un libro o un impreso; por consiguiente, hacen parte del *mercado literario* desde las tipografías e imprentas, productoras del bien, hasta las librerías o bibliotecas, que le difunden (Brunner y Catalán, 1985).

De esta manera, el mercado del libro que pretendemos bosquejar se ha articulado en virtud de tres aspectos: el primero correspondiente a las tipografías y talleres de imprenta que tuvieron regular participación durante el

periodo estudiado y que se configuraron también como establecimientos comerciales, imprimiendo y comerciando libros. Un segundo aspecto va ligado a las librerías de la ciudad, observando sus bibliografías y catálogos, las temáticas sugeridas y ofertadas, así como los autores y títulos más frecuentes y sobresalientes. Por último se abordará la Biblioteca del Centenario, explorando su creación como parte de un proyecto asociativo, local y regional, pero al mismo tiempo conmemorativo del imaginario nacional, destacando su papel funcional y simbólico para la ciudad y algunos de sus contenidos bibliográficos, entre otros aspectos útiles para un acercamiento al campo literario que configuró la Cali del centenario.

1. Tipografías e Imprentas como espacios de la cultura

Si bien existió en Cali un pequeño *gremio* de talleres tipográficos y de imprenta resueltos a cubrir la demanda de impresos, ante todo mediante la publicación de periódicos semanarios de carácter informativo, político y literario, durante la primera década del siglo XX fueron muy pocos los libros publicados en la ciudad. De alrededor de siete talleres que hoy sabemos tuvieron actividad durante el periodo¹, sólo la Tipografía Moderna, la Imprenta Comercial, la Imprenta de Ramón Hurtado y la de Manuel Sinisterra lograron cierta notabilidad. Entre los libros publicados encontramos recopilatorios de alegatos jurídicos, homenajes a personalidades de la región, algunas investigaciones científicas y varias colecciones de poesía.

La tipografía Moderna, perteneciente a Ignacio Palau, empresario y político conservador, precursor como ninguno de la creación del departamento del Valle del Cauca, y director de *El Correo del Cauca*, fue una de los talleres de imprenta más importante a inicios del siglo. Establecida en 1907 y administrada por la Palau, Velázquez y Co., la tipografía Moderna sería la segunda compañía de este tipo manejada por Palau, quien previamente administró junto con Manuel Carvajal Valencia la Imprenta Comercial, publicando tanto el *Correo del Cauca* en sus primeros años, como el semanario *La Patria*, editado conjuntamente con su socio impresor (Collins, 1981; Hurtado, 2008).

La primera Imprenta Comercial fue adquirida en su totalidad a Ignacio Palau en 1904 por Manuel Carvajal Valencia, pasando a ser un taller perteneciente a la recién fundada Carvajal y Compañía., iniciándose una sana competencia entre los anteriores socios. Los Carvajal se constituyen ciertamente como un caso ejemplar dentro del campo cultural, político y económico de la ciudad, tanto don Manuel Carvajal Valencia como sus hijos, asumieron distintos roles en la sociedad, fueron empresarios, redactores y funcionarios, razón por la cual, su trayectoria debe, por lo menos, describirse someramente. Manuel Carvajal (Popayán 1851- Cali 1912), fue hijo de Manuel A. Carvajal y Ana María Valencia, asistió al Colegio Mayor de Popayán, donde estudió contabilidad, inglés, retórica, oratoria, geografía e ingeniería. Formó parte de la Escuela Literaria y fue colaborador de los periódicos *El Cauca*, *Los Principios*, *La Opinión* y *La Patria*. Alberto Carvajal Borrero, uno de sus hijos, nació en 1882, fue secretario de Educación del departamento del Valle, y vicerrector del Colegio de Santa Librada. Fue también redactor de *El Día* y del *Suplemento*

¹ Completan a las nombradas la Tipografía de La Prensa, la Tipografía de El Heraldo, y la posterior Tipografía de El Relator.

Literario del Correo del Cauca, semanario impreso por la Tipografía Moderna de Palau, y colaborador de *El Ideal*, órgano de la Escuela Literaria de Cali. Destacándose como poeta, publicó un libro titulado “Tierra de sol y de ensueño”. También publicó dos volúmenes con su obra selecta en verso: “Ritmos breves” y “Salmos y elegías”; como también una obra de historia: De “La Conquista A La Liberación” que contó con las biografías de Sebastián de Belalcázar y Joaquín Cayzedo y Cuero.

Mario Carvajal Borrero (1896-1972), hermano menor del anterior, fue miembro de la Academia Colombiana y colaborador durante su juventud en Cali del periódico *Ecos Literarios*, órgano de la Sociedad Literaria del Colegio de Santa Librada. Graduado de Filosofía y Letras en la Universidad del Rosario, en Bogotá, se separó de la compañía Carvajal para asumir el cargo de ministro de Educación durante el gobierno de Mariano Ospina. También fue rector de la Universidad del Valle, de quien fue uno de sus mayores gestores. Hernando Carvajal (1884-1939) por su parte, sería quién asumiera, luego del deceso de su padre en 1912, las riendas de Carvajal y Cía., estando al frente de la empresa durante sus más trascendentes cambios. Gracias a su gestión y la de su hijo mayor Manuel Carvajal Sinisterra, Carvajal y Cía. logra consolidarse como una empresa editorial de notable envergadura y alcance nacional.

Volviendo sobre las tipografías locales, a nivel de desarrollo técnico, tanto la Moderna como Imprenta Comercial compartieron por algún tiempo las problemáticas e insuficiencias propias del aislacionismo geográfico, que no se vería solucionado hasta ya entrada la segunda década del siglo XX. Antes de constituirse ambos talleres, existieron en Cali durante el siglo XIX algunos establecimientos de impresión que repercutieron directamente en la conformación de las tipografías de inicios del siglo XX, como fueron: La Imprenta de Nicolás Hurtado, traída a Cali desde Popayán en 1859, y que muy probablemente fuera la misma prensa de Ramón Hurtado, funcionó regularmente durante las primeras décadas del siglo XX, publicando semanarios y libros. Una imprenta más fue la de Eustaquio Palacios, fundada en 1868, y con la cual se publicaría *El Ferrocarril*, periódico de vital importancia en la ciudad y que circuló entre 1878 y 1898, bajo la dirección del mismo Palacios. Una última imprenta fue la traída desde Palmira por Teodoro Materón en 1869, empresario que, junto a Santiago Eder, publicaría el periódico industrial *El Telégrafo* en 1875 (Rivera y González, 1997). La imprenta de Materón, heredada luego por los Carvajal, alcanzado a publicar el *Correo del Cauca* de Ignacio Palau. Sin embargo, una vez separado de Manuel Carvajal Valencia, Palau adquiere en 1904 una máquina de impresión a vapor, con la cual funda la Tipografía Moderna y continúa editando su periódico. Según el *Correo del Cauca*:

[...] mediante este novísimo sistema, con sólo un operario, pueden emitirse hasta 1200 hojas periódicas de forma común por hora lo que permitirá a Ud., con la abundante provisión de tipos que está para recibir, encargarse de la publicación de todos los periódicos que circulan aquí, por semana [...] (El Correo del Cauca, Cali, 18 de enero de 1905)

Esta nueva condición refleja un cambio sustancial en las posibilidades de producción periodística. Con la adquisición de esta nueva imprenta, Palau logró

convertirse en impresor tanto de otras iniciativas periodísticas como de libros y cartillas, de tal manera que junto a las actividades intelectuales y técnicas que demandaba el periódico, se desarrollarían otras de tipo empresarial (Hurtado, 2008). Por otro lado, la Imprenta Comercial de Carvajal, si bien tuvo que esperar hasta la administración de Hernando Carvajal para poder constituir un taller más moderno y sofisticado, logró durante 1910 editar varios libros. Ambas casas impresoras tuvieron pues una interesante actividad previa, durante y posterior al periodo del centenario.

En 1910, la Imprenta Comercial, además de publicar los discursos con motivo del fasto centenario de la Independencia nacional, compilación a cargo de Ernesto Ayala y Ramón Bonilla, se encarga de la impresión del estudio científico: "*Los Gusanos Urticantes del Valle del Cauca*", de Evaristo García, fundador de la Sociedad de Medicina del Cauca, quien para la época ya había publicado otros trabajos de igual carácter, como: "*Los Ofidios Venenosos del Cauca*", en 1896, con la editorial parisina de la Viuda de Ch. Bouret; y "*El Plátano en Colombia y particularmente en el Valle del Cauca*", publicado en 1898 por la Imprenta de Eustaquio Palacios.

La Tipografía Moderna se encargó por su parte de publicar títulos como: "*Pleito de El Tambor: alegatos de segunda instancia*", de Zenón Vidal; y "*Episodios nacionales o en Nueva Granada héroes y patriotas*" un texto de 247 páginas escrito por William H. G. Kingston, ambos publicados en 1907. También se imprimieron entre 1908 y 1910 textos como: "*Canalización interoceánica por el Chocó*" un estudio realizado por Griseldino Carvajal, y dos obras de Lisímaco Palau: "*El abogado en casa, ó, formulario completo de modelos para la redacción de toda clase de pólizas, memoriales, escritos, contratos y documentos públicos y privados, arreglados a las leyes colombianas*"; y también el "*Anuario de Colombia para 1910: geografía, historia, administración, industria y comercio*". Un estudio sobre "*Veintisiete maderas: breve reseña de la belleza, condiciones e inversiones de las maderas más preciosas de los bosques del Cauca*" también vería la luz en 1910.

Por su parte, entre 1908 y 1910, la Tipografía de R. Hurtado publicó libros como el "*Homenaje a la memoria del eminente ciudadano Dr. Zenón Fabio Lemos*", escrito entre otros autores por el mismo Dr. Evaristo García; y la "*Historia y Geografía de Yumbo*", de Margarita María Sánchez. Mientras que la Imprenta de Manuel Sinisterra sacaría al mercado "*Disparos de mi lira*", obra de Luis Perea Z., en 1909, "*El último día de Pompeya*" de Doctor Parques, en 1914; y la obra de teatro "*Los Cazadores de Dinero. Comedia en un acto y en prosa*", de Manuel Santos Marmolejo, en 1915.

Hay que advertir antes de continuar que la poca publicación de textos, que incluso podían ser muy pequeños para la época, de entre 15 o 30 páginas, exceptuando algunas grandes obras, puede también entenderse desde una perspectiva económica, pues siempre fue más rentable publicar semanarios o bisemanarios, fueran políticos o literarios, que podían circular tanto por previa suscripción, a determinada cantidad de números, como por venta libre, lo que ciertamente garantizaba una comercialización general. Por otro lado, las publicaciones periódicas fueron también los primeros medios propagandísticos

de las nacientes empresas de la ciudad, eran el espacio predilecto de los comerciantes para dar a conocer sus productos, y esto también garantizaba al impresor, como al dueño de la publicación, que en algunos casos eran el mismo, los medios para continuar su trabajo.

Este breve vistazo a los tipógrafos-impresores, que en primera medida nos ha servido para identificarles y señalar algunos elementos que les caracterizaron, supone uno de los aspectos necesarios para la comprensión del mercado del libro y de la expansión de la cultura escrita en la ciudad. El pequeño gremio impresor pudo dar a conocer el trabajo de investigadores y académicos locales y regionales, aportando a la bibliografía intelectual y científica de la ciudad y del país, encargándose incluso de dejar a la posteridad elementos documentales de carácter histórico, y demás literatura que supondría el material cultural y educativo con el que la sociedad letrada contaría para el siglo que iniciaba.

2. Libros, Lecturas y Libreros

Las fuentes gracias a las cuales hoy podemos conocer algunos de los títulos a los que el público caleño tuvo acceso durante el periodo centenario son los mismos periódicos de circulación para la época, fueran políticos o literarios, como el *Correo del Valle* o el *Suplemento Literario del Correo del Cauca*, que imprimían en sus páginas parte de los catálogos de las pequeñas librerías locales en forma de anuncios publicitarios.

Cuatro son las librerías identificadas a través de los anuncios: la Palau, Velásquez y Cía., la Librería y Papelería de Bernardo González, la ya reseñada Tipografía de Manuel Sinisterra, y quizá la más completa y sofisticada para el periodo, la Librería Roa. El mercado literario era pues intervenido por estas librerías, sus catálogos, no muy amplios, dan cuenta de la difusión de impresos, de los distintos géneros y temas ofrecidos al público, de algunos precios y de otras características de las ediciones. Si bien para un entendimiento sobresaliente de las formas de acceso, de lectura y de aprehensión de estos caracteres en una sociedad que iniciaba su construcción moderna, se hace necesario acudir a métodos de análisis mucho más amplios y coherentes, acercándonos al estudio de las técnicas intelectuales, o como sugiere Chartier (1999) al trabajo en base a un triángulo conformado por: el texto, los objetos, formas o soportes en que se presenta, y la lectura, interpretación o apropiación que se hace de él, algo que evidentemente surge como necesario en un campo como el de la historia cultural, es igualmente importante iniciar el acercamiento de una forma empírica y descriptiva de tal manera que podamos hallar las bases suficientes para enfrascarse en un proyecto de mayor alcance. Debido a lo anterior, y siguiendo a David D. Hall, la historia del libro y de sus particularidades, pueden guiarnos fácilmente hacia cuestiones que abordan la historia de la cultura y la sociedad, como por ejemplo: las maneras por las cuales un orden social puede mantenerse por sí mismo o ser alterado, la distribución de las creencias o de la fe, o el aumento mismo del pensamiento laico y de la racionalidad (1983, pp. 1-47).

Las librerías pueden pues dar cuenta de esto, especialmente en cuanto aquello que Hall menciona como la distribución de las creencias, pues ciertamente surgen como agentes distribuidores de toda clase de conocimientos, religiosos, científicos, o artísticos que permean las mentalidades, aseverando sus concepciones o trastocándolas. Las librerías, entendidas como órganos de distribución comercial de impresos, suponen junto a las bibliotecas aquellos centros de acceso a la cultura escrita que debido a las razones sociales de su oficio distribuyen entre las sociedades letradas distintos tipos de literatura clásica o de vanguardia, literatura que necesariamente advierte sobre determinados tipos de valores, de creencias, que extiende ideologías o rompe con ellas, que se visualiza práctica o útil respondiendo a los avatares del desarrollo científico, o que simplemente corresponde con las formas sociales gracias a las cuales el statu quo puede permanecer impasible. El adentrarnos en las bibliografías de las librerías supone un encuentro con la literatura ofertada, implica poder identificar aquellos títulos que correspondían a la dinámica intelectual en boga, o a la moda científica, como también identificar aquellos títulos que parecen sustraerse del conjunto.

Antes de retomar el análisis de las librerías caleñas de inicios del siglo XX, creemos prioritario dedicar algunas palabras a los distintos establecimientos que sustentaron el mercado de textos durante finales del siglo XIX. Fueron cuatro las casas que promocionaban, a través de publicaciones periódicas, la venta de libros, a saber: la Librería de Juan A. Sánchez, ubicada en la carrera de la Carnicería con numeral 28 (El Ferrocarril, Cali, 19 de diciembre de 1890); la Librería de Uldarico Castro, con sede en la carrera de La Merced con calle primera (El Ferrocarril, Cali, 20 de marzo de 1891); el establecimiento de Ismael Hormaza, ubicado en la misma carrera que la librería de Castro; y la librería de González Hermanos, ubicada en la carrera del Comercio No. 25 y que tendría también una sede en la ciudad de Buga (El Ferrocarril, Cali, 18 de agosto de 1893). La librería Popular de Hormaza y el establecimiento de González Hermanos brindan a finales del siglo XIX los catálogos de libros más importantes, con la particularidad de ofrecer conjuntos bibliográficos de autoría mayormente española y de temáticas usualmente religiosas y moralistas. Periódicos como *El Ferrocarril* de Eustaquio Palacios, serían la principal plataforma publicitaria para estas librerías, que se articularon como agentes comerciales primigenios del campo cultural de la ciudad.

Del mismo modo, también es necesario advertir que aunque hoy podemos conocer algunos de los títulos ofrecidos a inicios del siglo XX, otras referencias textuales y comerciales como la cantidad de unidades disponibles, las ediciones u otras características propias de un catálogo son aún desconocidas, pues no todos los anuncios las formulan, e inclusive inventarios ordenados como el de la Roa, no advierten al posible comprador sobre la cantidad total de sus ejemplares. En cuanto a los contenidos bibliográficos, observamos una cierta homogeneidad en cuanto a los géneros, de ahí que podamos dividirlos en tres grupos básicos: un primero que contiene la literatura religiosa-moralista, en la que encontramos todos los relatos bíblicos, historias diocesanas, libros místicos, breviarios y misales. Un segundo grupo cuyo contenido abarca toda la literatura secular, como novelas, teatro, cuentos, poesía, historia, etc.; y por último, un grupo de literatura que podríamos considerar como práctica, que

abarcaría desde textos de enseñanza, de aritmética o gramática, hasta diccionarios y enciclopedias, pasando por títulos o manuales sobre medicina y otras ciencias.

La librería de Bernardo González, ubicada en la Calle 11, anunciaba la venta de textos de artes, literatura, científicos y místicos, pero en cuanto a autores y títulos tan sólo daba cuenta en su pauta de dos grupos, uno compuesto por textos de enseñanza, en el que sobresalen manuales de aritmética y geografía universal de autores como Restrepo Mejía, y los “*Libros de Lectura*” de Mantilla. El segundo grupo se denomina de literatura moderna, y en él sobresalen libros como “*Aurora Roja*” de Pío Baroja; “*El Pueblo Gris*” de Santiago Ruiseñor, y “*El libro de la prensa*” de Gregorio Martínez Sierra, entre otros autores como H. Murguer, Mérimée y Emilia Pardo Bazán. Los precios en esta librería oscilaban entre \$40 y \$130 (La Idea Liberal, Cali, 21 de septiembre de 1911).

La tipografía de Manuel Sinisterra, que se encontraba en la Calle 10 con numeral 70, ofrecía libros de autores como Valle Inclán y Santos Chocano, al igual que la revista *Modas y Pasatiempos*, dirigida especialmente a las damas de la ciudad. El costo de la suscripción para esta revista era del orden de \$300 anuales, un precio ciertamente alto, aspecto que le hacía accesible sólo para ciertas damas vinculadas a las élites locales. Una más de sus novedades editoriales fueron las “*Últimas Aventuras de John Raffles*”, colección de 10 cartillas ilustradas y con cromos, a un costo total de \$90 (El Olympia, Cali, 22 de enero de 1914). Estas cartillas eran escritas por William Hornung, cuñado de Arthur Conan Doyle, padre del famoso Sherlock Holmes. Las historias contaban las aventuras del bandido romántico Raffles, personaje especie de anti-héroe que Hornung construiría como contraposición al Holmes de su cuñado Conan Doyle. La tipografía de Manuel Sinisterra le otorgaba pues a sus clientes la posibilidad de acceder a las conflictivas historias de Raffles, personaje literario moderno y muy popular de la literatura inglesa, aspecto que supone una apertura hacia un tipo de literatura no sólo peculiar debido a lo que representaba esta especie de héroe cleptómano, sino poco usual en un universo literario traspasado por literatura moralista, tratados de historia, antologías poéticas, teatro y novelas, y que por sobre todo concentraba su foco intelectual en países como España y Francia.

Siguiendo con nuestro recorrido por las distintas librerías, el establecimiento de la Palau, Velásquez y Cía., tendría un poco más de variedad. Con sede en la Calle 13 con numerales 9 y 11, contaba entre sus anaqueles con literatura vinculada a los tres grupos diferenciados anteriormente. Contaba con los “*Compendios de Gramática Española*”, obras del pedagogo conservador Martín Restrepo García; revistas como la *Nacional de Colombia*, publicación comercial e industrial, distintos diccionarios y vocabularios de otras lenguas; la obra “*Memorándum de Bolsillo*” de Antonio J. Duque, y la que fue su obra más publicitada, la *Enciclopedia General Ilustrada* cuyo anuncio se imprimía en página completa, usualmente al final de publicaciones como el *Suplemento Literario del Correo del Cauca*. En cuanto a literatura secular, encontramos variedad de autores locales, obras de Gustavo Arboleda, Alfonso y Lisímaco

Palau, Mateo Gamboa, y Alberto Carvajal, y otros nacionales como Alfonso Castro, Benjamín Belalcázar, y Justo Montoya.

La Palau, Velásquez y Cía. se destacó también por ser la única de las cuatro librerías mencionadas en sacar a la venta tratados de Hipnotismo y Espiritismo, como lo fue el estudio del médico José Lapponi, un profesor de antropología de la Academia Romana; destaca incluso por ofrecer estudios sobre medicina homeopática, como el "*Tratado de Terapéutica Homeopática*", del doctor Willmar Schwabe, que sería el libro singular más caro del establecimiento, con un valor de \$12, teniendo en cuenta que el promedio de los textos ofrecidos escasamente superaba el valor de \$1, o que una suscripción anual para una revista mensual, como el *Magazine Colombia* de Bogotá por ejemplo, también distribuida por la Palau, costara la módica suma de \$2 (Suplemento literario del Correo del Cauca, Cali, 3 de diciembre de 1913).

Por último, la Librería Roa, quizá la única de las cuatro que verdaderamente alcanza un rótulo de librería debido a la amplitud de sus contenidos y esfuerzo de catalogación, logra exponer en distintas publicaciones gran parte de su conjunto literario. Al ser la librería más completa del periodo, como evidentemente lo muestra su catálogo de 1909, el análisis de La Roa merece una atención especial.

Esta librería, ubicada en la Carrera 5ta con numerales 178 y 180, sucursal de la reconocida Librería Nueva de Jorge Roa con sede en Bogotá, plenamente afín a los ideales políticos conservadores, se constituía de plano como el referente bibliográfico más importante. El catálogo de la Librería Roa, además de contar con listado alfabético, se dividía en trece partes, siete de las cuales reciben el nombre de Biblioteca, como son: *Biblioteca Selecta*, *Biblioteca de Utilidad Práctica*, *Biblioteca Popular*, *Biblioteca selecta para los Niños*, *Biblioteca selecta de la Juventud*, *Biblioteca de Novelas* y *Biblioteca Varia*. Complementa la división general con las series de Breviarios, Diccionarios, Textos de Enseñanza, Colección Elzevir, Teatro de la Niñez y Libros Místicos (El Comercio, Palmira, 22 de octubre de 1909).

La *Biblioteca Selecta* contenía una colección de los mejores autores españoles y extranjeros, cada tomo con un valor de \$15, entre los que destacaron cinco obras del dramaturgo Enrique Gaspar, varios textos de los poetas Ramón de Campoamor, Salvador Rueda, Juan Arolas, y Jacinto Verdager, así como de los escritores Vicente Blasco Ibáñez, Charles Dickens, Thomas Aldrich, el cuentista Andersen, el humorista Juan Pérez Zúñiga, León Tolstoi, Alfonso Pérez Nieva, y los dramaturgos franceses Erckmann Chatrian, entre otros. Los títulos de la *Biblioteca Selecta para la Juventud* incluían ejemplares religiosos como narraciones bíblicas y biografías de santos, que se acompañan en la relación por literatura de Balzac, Bazin, y Balmes, al igual que por las biografías de José de San Martín y Francisco Pizarro. La *Biblioteca de Novelas*, que se reseña como proveniente de la Casa Appleton & Co., y contenía libros como "*La Guardia Blanca*" de Conan Doyle; "*El Amo del Mundo*" de Robert Benson; "*La Isla del Tesoro*", "*Plagiado*", y "*Doctor Jekyll*" de Stevenson; y "*Las Minas del Rey Salomón*" de Henry Rider Haggard, además de obras de otros 17 autores más, la mayoría a \$50.

Aunque las anteriores divisiones sobresalen dentro del catálogo por pertenecer aparentemente a colecciones editoriales destacadas, la lista alfabética incluye una más amplia variedad de autores y trabajos. Aparecen así más títulos de Balzac, libros de Goethe, Emilia Pardo Bazán, Pedro Antonio de Alarcón, Emilio Castelar, Alejandro Dumas, de quien se venden once títulos diferentes, Vital Aza, Daniel Defoe, Julio Verne, Tomás Iriarte, el Duque de Rivas, Antonio Valbuena, Lope de Vega, Miguel de Cervantes, Montaigne, Alfonso Daudet, Maurice Leblanc, Amado Nervo, Samaniego, León Tolstoi, Juan de Dios Peza, Víctor Hugo, Jonathan Swift, Francisco Villaespesa, Sienkiewicz, de Staél, e incluso de Benjamín Franklin, y Chateaubriand. Algunos de los ejemplares literarios más costosos de la librería se encontraban entre éstos, como por ejemplo la obra “*El genio del Cristianismo*” de Chateaubriand, en dos tomos, a \$280, mientras que “*El conde de Montecristo*” de Dumas, en siete tomos, tenía un valor de \$490. Entre los escritores latinoamericanos destaca la presencia de obras de Santos Chocano y de las gramáticas de Bello. Por su parte, en cuanto a literatura colombiana, el catálogo ofrece obras de autores como Jorge Holguín, Miguel A. Caro, José Asunción Silva, Alberto Carvajal, Lisímaco Palau, Jorge Isaacs, César Conto, Julio Flórez, Isaías Gamboa, Julio Arboleda, Max Grillo, Santiago Pérez Triana, los hermanos Restrepo Mejía, y Rufino Cuervo.

Un aspecto resulta muy evidente al interior del catálogo Roa y es la abundancia de literatura religiosa y mística, así como de misales, novenarios, y demás literatura que abordaba temáticas católicas o eucarísticas. Encontramos además de los clásicos pasajes bíblicos, compilados de oraciones, catecismos, biografías de santos, así como breviarios destinados al uso sacerdotal o la enseñanza seminarista. Se hace así indudable, que pese a que la Librería Roa sostiene un gran fondo de impresos, y que algunos de sus contenidos podrían considerarse *modernos*, la mayor parte de sus títulos evidenciaban el ideal de biblioteca católica defendido por Regeneración, que privilegió la literatura moralista, y la herencia hispánica y católica (Urrego, 2002; Granados, 2005; Loaiza, 2009). Uno de los libros más costosos es ciertamente uno de carácter religioso, el “*Elementos de la Filosofía*” del jesuita Francisco Ginebra, que en dos tomos alcanzaba el valor de \$360.

Un poco en contraste con esta masiva proliferación de literatura religiosa, la Librería Roa contó también con varia bibliografía de interés práctico, es así que se ofrecen al público compendios como el de *Utilidad Práctica* y un gran fondo denominado *Enciclopedia Popular*, ambos compuestos por manuales y tratados sobre distintos oficios y labores ajenas a las cotidianas, aspecto que bien ilustra las nuevas prácticas literarias, que cada vez más sugerían un tipo de literatura más utilitaria, es así que observamos textos sobre pintura, y zootecnia, tratados de homeopatía, procesos lácteos, así como de instalaciones eléctricas, telefónicas y telegráficas.

Una división más nos muestra la Librería Roa en su catálogo, la *Biblioteca Popular*, si bien los anuncios no especifican con detalle los títulos o autores, cada volumen de esta edición tenía un costo de \$5, el más económico de todo el catálogo, sin duda un fondo dirigido a clases medias o emergentes. A

diferencia de los textos religiosos o de utilidad práctica, éstos poseían un precio mínimo y asequible para cualquier nivel social. La totalidad de la *Biblioteca Popular* a septiembre de 1909 era de 23 tomos, unos 230 ejemplares distintos. El anuncio publicado en el periódico *El Comercio* de Palmira da cuenta sólo de algunos títulos de este fondo, en el que sobresalen las obras “La Tiranía” de Víctor Alfieri; “*El último banquete de los Girondinos*”, de Charles Nodier; y los “*Cuentos de Shakespeare*” edición de Carlos Lamb (El Comercio, Palmira, 22 de octubre de 1909). No obstante, según el recuento realizado por Cobo Borda (2000) para Bogotá, la Librería Roa incluía su *Biblioteca Popular*, a inicios de 1906, obras de Tolstoi y de France, en las que colaboró José A. Silva. Del mismo modo incluyó en su trabajo los “*Cuentos*” de Poe, la “*Casa de Muñecas*” de Ibsen, los bocetos humorísticos de Twain, “*Eugenia Grandet*” de Balzac, “*El Abrigo*” de Gogol, los cuentos de Andersen y de Guy de Maupassant, poemas de Byron y Heine, “*Los Viajes de Gulliver*” de Swift, el “*Viaje alrededor de mi cuarto*” de De Maestre, “*El Mercader de Venecia*” de Shakespeare, así como obra variada de Dante, Goethe, Víctor Hugo y Dickens. En cuanto literatura hispánica, fueron también incluidas en la *Biblioteca Popular* obras como “*El estudiante de Salamanca*” de Espronceda, “*Mariandela*” de Pérez Galdós, y obra seleccionada de Campoamor, Moratín, Cervantes y Núñez de Arce. Por último, Cobo Borda indica los autores americanos incluidos en la *Biblioteca*, destacando la obra “*Azul*” de Rubén Darío, “*Nieve*” de Julián del Casal, las poesías de Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera, y autores como Andrés Bello, Juan Montalvo y Ricardo Palma (pp. 161-162).

Si bien la anterior referencia bibliográfica entregada por Cobo Borda se articula directamente al caso bogotano, nos parece evidente que muchas de las obras incluidas en la *Biblioteca Popular* de la capital debieron ser también distribuidas en Cali, ciudad sucursal de la librería, siendo debido a su mínimo costo, objeto de una fuerte demanda.

La Roa fue entonces, por mucho, la librería más completa para el periodo, brindando -a pesar de su amplia bibliografía religiosa- posibilidades a sus clientes de poder leer autores más modernos como Balzac, Tolstoi, Montaigne, Dumas, Sienkiewicz, Chateaubriand, Víctor Hugo, Julio Verne o Benjamín Franklin. Por otro lado, la relativa amplitud de literatura de carácter práctico nos dice mucho de los nuevos gustos o necesidades de la sociedad del periodo, que ya no sólo debía decidir entre textos sagrados o seculares, sino que veía la posibilidad de acceder a un tipo literario útil para su desenvolvimiento laboral y ciudadano. Las librerías le aportaron de esta forma a la sociedad caleña un mundo de lecturas mucho más rico y diverso, que si bien no se alejaba del patrón cultural regenerador, mostraba un sendero hacia tendencias más liberales y utilitarias, cuya popularidad continuaría en ascenso.

Debemos advertir igualmente, que la venta de libros no sólo se redujo a las cuatro librerías aquí referidas, pues muchos otros establecimientos o personas naturales anunciaban disponer de títulos para la venta. Roberto Zawadzky, por ejemplo, anunciaba en el *Correo del Valle* la venta de libros de Antonio de Valbuena, y tiendas reconocidas de la ciudad, como la Miscelánea Hormaza, vendían suscripciones a revistas y periódicos de modas como “*Metropolitano*”, y “*El espejo de la Moda*” (El Correo del Valle, Cali, 13 de noviembre de 1903).

El mercado del libro estaba pues ajustado a esta dinámica en cuanto a la oferta comercial, las librerías y demás establecimientos que comerciaban con libros ejercían un claro control sobre aquellos títulos que podía disponer la sociedad, anunciando o presentando a través de los medios aquellos textos que creían más valiosos o importantes, que se ajustaban a una moda o a un gusto plenamente identificado en ciertos sectores, o incluso a nivel de género, como lo muestra el fuerte impulso otorgado a los magazines de variedades y moda, o a los manuales prácticos de oficios. No obstante, en 1910, con la inauguración de la Biblioteca del Centenario, la oferta literaria deja de estar enteramente mediada por los agentes comerciales, surgiendo así un espacio de acceso hacia la cultura escrita aparentemente libre para el grueso de la sociedad.

3. La Biblioteca del Centenario, un proyecto asociativo y de ciudad

La Biblioteca del Centenario, primera de su tipo en la ciudad, fue instituida por acuerdo de la Junta Departamental del Centenario el 24 de abril de 1910, e inaugurada el 20 de julio del respectivo año en el marco de las celebraciones del primer centenario de la independencia. Su constitución puede concebirse como parte de un proyecto mucho mayor que llevaba gestándose en la ciudad, proyecto que lograría la autonomía departamental respecto a Popayán y que sugería la puesta en marcha del ideal de progreso y modernidad que las élites locales pensaban para Cali.

Junto a proyectos como la electrificación, la construcción de teatros, la consolidación de una infraestructura vial y demás fenómenos propios de una intención de abandonar un estado de premodernidad, como la diversificación empresarial, la expansión comercial y bancaria, y otros elementos del paisaje urbano como la aparición de clubes, parques y hoteles, la construcción de una Biblioteca aparecía como un punto evidente y necesario dentro de cualquier proyección de ciudad. Su fundación fue iniciativa pública de la Junta del Centenario, grupo de alcance departamental compuesto por miembros prominentes de la sociedad caleña, entre los que figuraban Oswaldo Scarpetta, Evaristo García, el general Lucio Velasco, Mario de Caicedo y Juan de Dios Borrero. Esta Junta sería la encargada de regular todo lo concerniente con las celebraciones del centenario y de preparar la apertura de la biblioteca, comprando libros e intermediando en la donación de obras del Instituto Literario, asociación que, como veremos más adelante, desde 1892 resguardaba gran cantidad de textos producto de donaciones². (Bibliotecas y Libros, Cali, 1 de abril de 1937) La Biblioteca fue pues concebida como un elemento de máxima trascendencia en el orden cultural de la ciudad, durante un discurso con motivo de la apertura del nuevo establecimiento, en 1911, el doctor Julio Córdoba, miembro del Concejo Municipal, expone lo siguiente:

Esta iniciativa de biblioteca quizá en no lejano día, sea el centro de donde irradie la luz de nuestra redención intelectual y por estímulo propio, nuestros semejantes se aperciban de la necesidad de ilustrarse, y del

² La Junta realizó pedidos a las librerías Garnier y de la Viuda de Ch. Bouret de París, a las Librerías de Daniel Jorro, Sempere y Victoriano Suárez, en Valencia, Barcelona y Madrid respectivamente, así como a la Librería Colombiana de Camacho Roldán en Bogotá.

intercambio de ideas surgirá, como resultante inevitable, la benéfica cuanto saludable necesidad de las conferencias públicas tan en boga hoy en todos los centros que sí se preocupan por el cultivo de las inteligencias. Y porqué no acariciar esta esperanza; señores, si nuestra capital con los elementos del progreso que la rodean, necesariamente con la ayuda de la instrucción, como base potencial de trabajo y de riqueza, ha de ponernos en primera línea entre las ciudades prestigiosas (El Correo del Valle, Cali, 12 de enero de 1911).

Es clara pues la visión material y simbólica que se le atribuía a este espacio, como lugar de acceso y difusión cultural de gran magnitud. Esta Biblioteca trató de conformarse de la mejor forma posible, según la prensa, se solicitaron textos a Francia, España y Bogotá, sin embargo, ante la tardanza de estas adquisiciones, y la urgencia de la inauguración para julio del 1910, la Biblioteca sería inaugurada con un número inicial cercano a los 800 volúmenes, gran parte de ellos donados por el Instituto Literario de la ciudad, que legaría todas sus obras. En cuanto a la importancia de la participación de las damas caleñas en la donación de libros, Benítez alude en su discurso:

Nuestras damas, sin preocuparse de los nombres modestos que suscribían la circular en donde se condensó el pensamiento de formar una biblioteca, pero con las adivinaciones que le presta el sentimiento al corazón generoso de la mujer comprendieron la importancia social que el proyecto entrañaba y se apresuraron a hacer sus donaciones en libros. Durante dieciocho años éstos han guardado y seguirán guardando – como una urna sagrada- los nombres de sus bellas donantes, consignados desde entonces, con respeto, en sus primeras páginas. Ellas se han hecho acreedoras una vez más de la gratitud pública (El Correo del Valle, Cali, 12 de enero de 1911).

La importancia del Instituto Literario para la sociedad letrada del periodo de finales del XIX fue manifiesta. En esta pequeña institución se agruparon las intenciones ciudadanas e intelectuales de conformar una primer biblioteca, de ahí que abramos un paréntesis, antes de continuar la mirada sobre la Biblioteca del Centenario, para mostrar algunos aspectos alrededor de aquel instituto. Creado en 1887, este centro estuvo integrado por jóvenes estudiantes y egresados del Colegio de Santa Librada, destacándose entre ellos Isaías Gamboa, Sabas Tafur, el ya mencionado Samuel Benítez, Luciano Umaña, Blas Scarpetta, Carlos Simmonds, Ezequiel Gamboa, Nicasio Sandoval y Arístides Collazos (El Instituto, Cali, 10 de marzo de 1892). A modo de órgano de la Biblioteca del Instituto Literario, se publicó el periódico bisemanal *El Instituto* en 1892, publicación novedosa, a la que Eustaquio Palacios se refiere de la siguiente manera:

Hacia algún tiempo en Cali no tenía una publicación de este género, que se como la manifestación de la vida, de la actividad de la energía intelectual de la juventud, llamada a reemplazar la generación que va acercándose al ocaso (...) ella corresponde a las exigencias y necesidades de una época, a la del establecimiento de los estudios científicos y literarios (El Ferrocarril, Cali, 18 de marzo de 1892).

Con la impresión de *El Instituto*, se hizo manifiesta la idea de establecer una biblioteca de carácter público en la ciudad, la cual carecía en tal efecto de espacios culturales apropiados, dedicados a la literatura o las artes. El Instituto, como precedente de la biblioteca, inició una campaña para promover donaciones de cualquier tipo, con el propósito de consolidar un fondo bibliográfico, el cual, una vez constituida la biblioteca pública, pudiera servir de primer y mayúsculo donativo.

El Instituto se encargó pues de animar a diferentes sectores de la sociedad para que realizaran donaciones bibliográficas, destacando estas acciones como formas de patriotismo, de preocupación por la instrucción pública y, por supuesto, de amor por el terruño. A través de otras publicaciones periódicas se incentivó directamente a las mujeres a que participasen de dicha empresa, forma de promoción que resultaría muy positiva, pues la contribución femenina fue ciertamente notable durante 1892. Una circular impresa en *El Ferrocarril*, nos muestra cómo se llamaba la atención de las damas locales, para que se manifestaran con donaciones o se inscribieran a *El Instituto*:

Señoras Damas

En vista de los buenos resultado que ha obtenido nuestra empresa de fundar una biblioteca pública en esta ciudad, debido a la benevolencia con que ha sido acogida la circular con que tal fin dirigimos a algunos caballeros de este lugar y de otros dentro y fuera de la República, y deseando que tal útil empresa no carezca del valioso concurso de las damas para que el nombre de ellas alterne con el de tantos distinguidos caballeros y sirva de adorno y honra en nuestra obra y de estímulo para nosotros, nos permitimos hoy dirigirnos a usted, en solicitud de su importante cooperación. Ya sea con donación de alguno o algunos libros y suscribiéndose al *Instituto* periódico que sirve de órgano a dicha empresa (El Ferrocarril, Cali, 24 de junio de 1892).

Este llamado fue rápidamente acogido por algunas damas locales, que no tardaron en hacer llegar algunas de las obras literarias con las cuales contaban (Murillo Sandoval, 2009). Obras de Byron, Espronceda, Zorrilla, Castellar y Milton fueron entregadas al Instituto. De igual manera fueron entregados textos científicos, bases de economía, geología y gramática, algunos en lenguas extranjeras, lo que implica un cierto nivel de bilingüismo así como un alto grado de educación formal. Esta movilización del público femenino a favor de la creación de una biblioteca puede verse como un buen indicador de su consolidación como comunidad lectora (Loaiza, 2006), ya que el llamado realizado por la novata sociedad literaria a las damas locales no suponía un grito al vacío, muy al contrario, la solicitud correspondía a una visión ya normalizada de la mujer como lectora y consumidora –en términos comerciales- de libros y lecturas.

Es claro que el ser partícipe de donaciones implicaba para las familias una mayor distinción social, pues las constituía como aquellas más letradas y cultivadas, y, del mismo modo, como las más preocupadas por enriquecer el campo cultural de la ciudad. La realización de donaciones no consistía tan solo en un hecho material, cada mínima entrega bibliográfica concentraba un carácter simbólico, un *plus* social, que ciertamente situaba a los individuos y

familias benefactoras como modelos a seguir por el resto de la sociedad. Creemos necesario afirmar aquí que no estamos simplemente frente a desinteresadas muestras de desprendimiento y filantropía por parte de algunas familias, siguiendo a Beatriz Castro (2007), se infiere también asistimos a dinámicas de reconocimiento y mantenimiento del estatus social, ya que, evidentemente, la gran mayoría de los habitantes de Cali, en el siglo XIX, no estaban en capacidad de donar libros, en muchos casos, estaban lejos de adquirirlos, razón por la cual, el dar cuenta de la tenencia de este tipo de bienes culturales equivalía a demostrar la posesión de determinados capitales que, por ejemplo, a través de las donaciones, facilitaban su distinción, justificando por tanto, su posición social.

En conclusión, la labor del Instituto Literario fue pues determinante para la posterior creación de la Biblioteca, logró consignar alrededor de 800 volúmenes, gracias a los cuales pudo ser inaugurada y abierta al público. No obstante esto, luego de la apertura en 1910, la Biblioteca del Centenario debió recurrir a la misma estrategia usada por su predecesor con el fin de ampliar su oferta literaria. Blas Scarpetta, su primer bibliotecario oficial, tuvo entre sus funciones el acrecentar el fondo bibliográfico de la institución, razón por la cual se valió de recursos como la prensa para incentivar a los sectores letrados de la sociedad caleña a que continuaran con la labor filantrópica y patriótica, como solía argumentarse, de donar libros. Blas Scarpetta fue también director de la publicación literaria *El Correo del Valle*, impreso que da cuenta de esta iniciativa:

Plenamente autorizado por el Concejo Municipal de Cali, me permito suplicar a los amantes de la instrucción el envío de una o más obras para enriquecimiento de la Biblioteca Pública, inaugurada en esta ciudad con motivo del centenario de la independencia nacional. De más estará hacer notar lo benéfico y patriótico del contingente que en mi calidad de bibliotecario solicito de mis compatriotas. Especialmente ruego a los autores de nuevas obras el envío de ellas para la expresada biblioteca (El Correo del Valle, Cali, 6 de abril de 1911).

Este mismo anuncio apareció también en publicaciones como *el Correo del Cauca*, y *El Día*, y se vio complementado por la idea de emitir circulares de *excitación general*, alrededor de unas dos o tres mil, destinadas a distintas entidades y al público letrado donde se llamara a ejercer la patriótica labor de ceder volúmenes a la biblioteca. Las donaciones de libros eran vistas como una labor en extremo patriótica y loable, pues se trataba nada menos que de un estímulo a la instrucción pública, un gesto que fomentaba la cultura y la educación. Las entregas nuevamente se apresurarían, los informes mensuales del bibliotecario al Concejo Municipal exponían primordialmente la relación de libros cedidos a la Biblioteca del Centenario y el correspondiente benefactor.

Conclusiones

Este rápido repaso por el mercado del libro en la ciudad de Cali, antes y durante la celebración del primer centenario de la Independencia, logra adentrarnos un poco más en la dinámica intelectual y cultural que afrontaba Cali a inicios del siglo XX, por lo pronto nos permite establecer un panorama del consumo literario y, más sutilmente, del campo literario urbano, que si bien se ajusta a los modelos literarios encumbrados durante la Regeneración, por

cuanto la masiva presencia de textos hispanistas y de carácter religioso, logra insinuar matices ajenos o no correspondientes con ésta perspectiva política y cultural que ciertamente marcó el periodo entre siglos en Colombia. La relativa diversidad de literatura ofertada, tanto en las librerías como en la Biblioteca fundada con libros donados, atestigua un cierto ensanchamiento del campo de la cultura, el cual, como pudimos ver, trató de ser potenciado de forma enérgica durante las fiestas centenarias, girando éstas casi que entorno a la cultura literaria como factor de progreso para una urbe que ya atestiguaba “avances” en otros ámbitos como el infraestructural o el empresarial. Los anhelos de la intelectualidad local tuvieron cabida y acogida durante este mismo periodo, el positivismo logró con ellos un cierto arraigo que les motivó a promover iniciativas y en muchos casos a verlas consolidadas, como fue el caso de la Biblioteca, y el movimiento predecesor encontrado en el Instituto Literario.

El libro se constituyó así en un pequeño eje del afán modernizador y civilizatorio de la ciudad, la publicación de textos por parte de las imprentas locales, la multiplicación de las librerías y de la prensa literaria, así como la inauguración de la primera biblioteca pública ilustran la importancia dada a este elemento, que no sólo, se pensaba, debía formar parte en la consolidación de la ciudad moderna, sino que también podía utilizarse como una herramienta de divulgación, que sirviera para promover las iniciativas y adelantos de la ciudad a través de quienes más, aparentemente, intercedían por su bienestar: las élites intelectuales, comúnmente representadas en los libros.

Bibliografía

Fuentes documentales

Fuentes periódicas

Bibliotecas y Libros, órgano de la Biblioteca del Centenario (1937, 1 de abril). Cali. No. 1.

El Comercio. (1909, 22 de octubre). Palmira. No. 463.

El Correo del Cauca. (1905, 18 de enero). Cali. No. 94.

El Correo del Valle. (1903, 9 de noviembre). Cali, No. 143.

El Correo del Valle. (1903, 13 de noviembre). Cali, No. 144.

El Correo del Valle. (1911, 12 de enero). Cali. No. 411.

El Correo del Valle. (1911, 6 de abril). Cali. No. 423.

El Ferrocarril. (1890, 19 de diciembre). Cali. No. 412.

El Ferrocarril. (1891, 20 de marzo). Cali. No. 424.

El Ferrocarril. (1892, 18 de marzo). Cali. No. 474.

El Ferrocarril. (1892, 24 de junio). Cali. No. 487.

El Ferrocarril. (1893, 18 de agosto). Cali. No. 546.

El Instituto, órgano del Instituto Literario de Cali. (1892, 10 de marzo). Cali. No. 1.

El Olympia. (1914, 22 de enero). Cali. No. 9.

La Idea Liberal. (1911, 21 de septiembre). Cali. No. 37.

Suplemento Literario del Correo del Cauca. (1913, 3 de diciembre). Cali. No. 16.

Fuentes primarias impresas:

Ayala, Ernesto y Bonilla A., Ramón, (1910). *Centenario en Cali, compilación de los discursos pronunciados con motivo de la gran fecha*. Colombia, Cali: Imprenta Comercial.

Fuentes bibliográficas

Bourdieu, Pierre. (1977). La production de la croyance: contribution à une économie des biens symboliques. En *Actes de la recherche en sciences sociales*, 13, 3-43.

Bourdieu, Pierre. (1981). La représentation politique. Eléments pour une théorie du champ politique. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 36/37, 3-24.

Brunner, José Joaquín y Catalán, Gonzalo (1985). *Cinco Estudios sobre Cultura y Sociedad*. Chile, Santiago: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales – FLACSO.

Castro, Beatriz. (2007). *Prácticas Filantrópicas en Colombia 1870-1960*. Cali: CIDSE, Universidad del Valle, 2007.
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/cidse/Doc110.pdf>

Chartier, Roger. (1994). *El Orden de los Libros, lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. España, Barcelona: Editorial Gedisa.

Cobo Borda, Juan Gustavo. (2000). Historia de la Industria Editorial Colombiana. En Cobo Borda, Juan Gustavo (Ed.). *Historia de las Empresas Editoriales de América Latina siglo XX*. Colombia, Bogotá: CERLALC.

Collins, Charles David (1981). *La Prensa y el Poder Político en Colombia, Tres Ensayos*. Colombia, Cali: Universidad del Valle, CIDSE.

Granados García, Aimer. (2005). Hispanismos, nación y proyectos culturales, Colombia y México: 1886-1921. Un estudio de historia comparada. En *Memoria y Sociedad*, 19, 5-18.

Hall, David D. (1983). The Uses of Literacy in New England, 1600-1850. En Joyce, William L. (Eds.). *Printing and Society in Early America*. USA, Worcester: American Antiquarian Society.

Helg, Aline. (1987). *La Educación en Colombia, 1918-1957. Una Historia Social, Económica y Política*. Colombia, Bogotá: Fondo Editorial CEREC.

Hurtado, Aura. (2008). *La Opinión Pública y la Formación del Valle del Cauca 1903-1910*. Tesis de Pregrado para optar al título de Socióloga, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, Colombia.

Loaiza Cano, Gilberto. (2006). *Sociabilidad y definición de la nación en Colombia*. Tesis Doctoral en Sociología, Universidad París III, IHEAL, París, Francia.

Loaiza Cano, Gilberto. (2009). La Expansión del mundo del libro. En Carmen E. Acosta, César Ayala D. y Henry Cruz (Eds.). *Independencia, Independencias y espacios culturales, diálogos de historia y literatura*. Colombia, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

López Guix, Gabriel y Freixa, Albert (1999). Entrevista con Roger Chartier. En *Quaderns. Revista de traducció*, 3, 147-152.

Murillo Sandoval, Juan David (2009). *Prensa Literaria, Libros y Librerías, la oferta literaria y el papel intelectual en el primer centenario de la Independencia. Cali 1905-1915*. Tesis de Pregrado para optar al título de Historiador, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, Colombia.

Rivera, Nelly y González P. Rodrigo (1997). *Libros, Periódicos y Lectores en el Gran Cauca 1823-1895*. Tesis de Pregrado para optar al título de Licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, Colombia.

Urrego, Miguel Ángel (2002). *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia, de la guerra de los mil días a 1991*. Colombia, Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

Recibido: 5 de agosto de 2010.

Aprobado: 18 de noviembre de 2010.